

MEMORIA DE UN MAESTRO. MEMORIA DE LA ESCUELA

Jesús Asensi Díaz

RESUMEN

Pasamos revista, en este artículo, que tiene unas connotaciones muy personales, a la realidad de la escuela unitaria que viví hace cincuenta y sesenta años, sus elementos y su organización; a los libros y cuadernos escolares que me marcaron en mi escolaridad primaria y en mis inicios como Maestro; a una historia personal acerca de las unidades didácticas globalizadas; y a unas reflexiones en torno a los tres elementos básicos de la escuela: los alumnos, las familias y los maestros

PALABRAS CLAVE Escuela unitaria, Pupitre bipersonal, Grado escolar, Sistema mutuo de enseñanza Graduada incompleta, Horario simultáneo, Cuaderno de rotación, Lectura vacilante, Sistema cíclico o concéntrico de enseñanza, Centros de interés, Globalización didáctica.

ABSTRACT

Reviewed in this article, that has some very personal connotations, the reality of the unitary school which I lived, fifty and sixty years ago, its elements and organization, such as the books and school notebooks that marked my primary schooling and my early days as a teacher, a personal story about teaching globalized didactic units, and some reflections on the three basic elements of the school: students, families and teachers.

KEY WORDS Unitary school, Bipersonal desk, School degree, Mutual system of graduated incomplete teaching, Simultaneous Timetable, Rotative notebooks, Concentric teaching system or cyclic system, Interest-centre method, Globalized didactics.

1. INTRODUCCIÓN

La memoria de la escuela es múltiple y profunda, variada e íntima, poliédrica y emotiva, personal y transferible. Volver la vista atrás, reconstruir el pasado histórico de la escuela, a través de nuestra memoria personal es un acto necesario. Porque reconocer cómo fueron etapas pasadas de nuestra historia escolar sigue siendo imprescindible para comprender el presente. Analizar con rigor cómo fueron hechos históricos pretéritos es profundizar en los modelos antropológico-culturales de la educación, en el control ideológico del Estado, en los valores de la sociedad de su tiempo...

Están los libros y materiales escolares, que tantas nostalgias despiertan, pero está, también, el recuerdo de los maestros, la selección de los contenidos, la organización del aula, la situación

de las familias, la vida de la localidad, las normas y leyes que regían la sociedad, la vida misma, difícil en otros tiempos. Y está el interés inusitado de muchos por recuperar nuestra infancia, no exenta de una estremecedora nostalgia pero, partiendo de ahí, podemos reencontrarnos en la descripción de muchos hechos, en la narración de muchas circunstancias comunes que nos hacen reflexionar sobre la realidad de tantas situaciones que ahora intentamos comprender en su totalidad.

Estos acontecimientos pasados, que ahora sacamos a la luz, son sólo una pequeña muestra de lo mucho que hay que recordar. Una vez que se empieza a tirar del ovillo, los recuerdos se avivan y las ganas de contar aumentan. En eso estamos...

1. LA ESCUELA UNITARIA

La plaza de Hontanaya, un pueblecito de 1400 habitantes, enclavado en la provincia de Cuenca, limitando con Toledo, bullía con el alborozo de una multitud de niños y niñas que correteaban sin cesar, esperando que las dos Unitarias que acogían, por separado, a cada sexo, abrieran sus puertas a las diez de la mañana. Entre ellos me encontraba yo, hijo del Maestro Enrique Asensi Bartolomé, que llegó a este lugar, sometido a un expediente de depuración, como fueron gran parte de los Maestros al acabar la Guerra Civil. El expediente se resolvió, en el mejor de los casos, con el traslado fuera de su provincia de origen -Málaga- en la que tenía su plaza en propiedad, “*con prohibición de solicitar cargos vacantes durante un periodo de tres años, pérdida de los haberes devengados durante la suspensión de empleo y sueldo e inhabilitación perpetua para el ejercicio de cargos directivos y de confianza en Instituciones culturales y de enseñanza*”, según se indicaba en la Orden Ministerial correspondiente. Ante tan dura realidad, abatido y humillado, con tres hijos pequeños, la valía personal y profesional de nuestro padre se impuso a esta dramática situación.

De 1941 a 1948, viví la realidad de la escuela unitaria que regentó mi padre, en un ámbito rural, con unas condiciones de pobreza, desamparo y soledad, que él superó con sus condiciones personales -se ganó al pueblo entero- y profesionales – su buena formación como Maestro-reciclada con los dictados de la Institución Libre de Enseñanza y las reformas e intenciones educativas que llevó a cabo la Segunda República. La escuela unitaria era el mayor reto para un Maestro. Sus condiciones materiales eran ínfimas y su matrícula excesiva. Organizar y atender bien una clase, de sesenta, setenta o más alumnos, de los seis a los doce o más años, era una tarea muy ardua que él resolvió con brillantez. Mis recuerdos de la niñez los enlazo con la experiencia de mis primeros años de Maestro que también experimenté en unitarias.

La escuela era, fundamentalmente, el aula. De forma rectangular, era un poco sombría a pesar de sus ventanas -desvencijadas y con los cristales rotos- a un lado y otro. Tus paredes estaban desconchadas y tapadas, en parte, por los mapas, cartelones y trabajos escolares. En la pared frontal aparecían fijados el crucifijo, en el centro, y a cada lado, los retratos de Franco y de José Antonio. Bajo ellos se situaba la mesa y el sillón del maestro, sobre una tarima o estrado, desde donde se podía visualizar todo el espacio. Cerca de él un viejo armario de madera guardaba el escaso material que poseía la escuela. El gran encerado –la pizarra le decíamos todos- siempre estaba escrito con tiza blanca y de colores, señalando la fecha, los temas del día, los ejercicios, las muestras caligráficas, los resúmenes y las consignas religiosas y patrióticas.

Uno de los problemas materiales de las antiguas escuelas era el intenso frío del invierno. La única solución que estaba al alcance, en aquellos tiempos, era instalar una estufa de leña o carbón que aunque calentaba la clase, secaba el ambiente y lo llenaba de humos. En nuestra aula no la había y al maestro le traían todos los días un brasero bien encendido, del cercano horno de pan, que situaba debajo de su mesa. Los alumnos podían llevar unas latas, con brasas encendidas, que se colocaban bajo los pies, con el consiguiente peligro físico que esto entrañaba. Antes de entrar a clase se asistía, en la calle, a un volteo de las latas avivando las brasas para que no se apagaran, con el consiguiente desparrame del fuego y el jolgorio de la muchachada. Recuerdo que el frío hacía que sólo deseáramos tener las manos en los bolsillos y mover los pies, pues las extremidades se atenazaban; por eso era frecuente que los chicos tuviéramos sabañones. Yo tengo de ellos un recuerdo muy desagradable por la hinchazón que producían, por lo que picaban y por la angustia que me producía una untura grasienta que me ponía mi madre para remediar sus efectos. Cuando llegaba el buen tiempo, el aire de la clase, repleta con sesenta o setenta alumnos, se cargaba tanto que producía pesadez o amodorramiento. La espiración de tantos alumnos, la sudoración inevitable después de los recreos y juegos, unido a la falta de higiene y el polvo del suelo mal entarimado, hacía muchas veces irrespirable el aire en el aula por lo que el maestro ordenaba abrir las ventanas.

Otro recuerdo imborrable es el del pupitre escolar. En una escuela estática, como aquella, el pupitre era, por así decirlo, el territorio del alumno, su único lugar de trabajo y donde podía guardar sus materiales. Aunque en mi escuela había unos bancos corridos de madera, con mesa y asientos, en un lateral, donde se apretaban los pequeños, el aula estaba configurada por tres filas, de diez o doce pupitres bipersonales cada una, que eran asiento y mesa a la vez. En su tablero inclinado se realizaba todo el trabajo escolar, disponiendo de unas ranuras para dejar las plumas y lápices y unos agujeros para ubicar los tinteros de porcelana. Este tablero articulado, en algunos modelos, ocultaba una gran cajonera donde se podían depositar la cartera, los libros y otros útiles. El asiento, también era articulado y los pies descansaban en un piso de tablas por cuyos espacios se colaba todo el barro que los alumnos llevaban pegado a las suelas de su calzado, permaneciendo allí más de una semana en que una señora barría la escuela. Los pupitres eran fuertes y sólidos y su pesadez dificultaba su movilidad. Duraban años y años sin deteriorarse. Sólo cabía destacar en ellos los clásicos pintarrajos, firmas y dibujos que, en ocasiones, el maestro intentaba eliminar haciendo que los alumnos rascaran el duro tablero de madera con un trozo de cristal. Otro tipo de manchas, en forma de chorreón o goterones, que causaban siempre un gran alboroto en la clase, era cuando un tintero se derramaba sobre el tablero, bien por accidente o volaba por los aires, debido a las travesuras o a las malas artes de algunos.

El pupitre marcaba un status en la clase: en principio, era compartido con otro alumno, según el criterio del Maestro. Después estaba la disposición en filas y columnas que establecía diferencias de grados y de aprovechamiento, lo cual controlaba el Maestro en función de criterios pedagógicos y de organización escolar. En una escuela unitaria podían formarse hasta cinco grados de alumnos con los que se buscaba la máxima homogeneidad de los grupos para poder trabajar con ellos pero la práctica aconsejaba formalizar tres: un primer grado, dedicado a la adquisición de los hábitos y conocimientos instrumentales más sencillos (leer, escribir y calcular); un segundo grado, que tenía por finalidad la elaboración de las primeras nociones culturales que han de constituir la base de la preparación para la vida; y un grado tercero de ordenación y sistematización de estos conocimientos en orden a su aplicación inmediata a la vida futura. *“El secreto de la escuela unitaria –se decía en uno de los muchos opúsculos y monografías que se publicaron*

entonces- reside en que todos y cada uno de los niños, estén siempre ocupados, desarrollando una actividad educadora” (1)

En su momento, la escuela unitaria gozó de mucha estima. Y así, recogemos la cita de Antonio J. Onieva, uno de los máximos pedagogos prácticos de los años cuarenta: *“la escuela unitaria es más natural que la graduada y tan perfecta en sí misma como la más perfecta de las instituciones educativas de Estado” (2)*, estableciéndose el símil de que una familia numerosa (de las de entonces, que podían tener hasta 10-15 hijos) puede dar origen a una escuela unitaria pequeña. Se reconocía, no obstante que la escuela graduada tenía más facilidad para la enseñanza por la economía de tiempo y de esfuerzo, pero que la unitaria era más humana facilitándose una mejor educación.

La vida diaria de la escuela, a pesar de sus muchas deficiencias, estaba muy reglamentada. El maestro seguía las pautas que le marcaban el calendario escolar, el horario, los cuestionarios o plan de estudios y el reglamento de escuelas. El calendario marcaba las fiestas y los periodos vacacionales de Navidad y Semana Santa y, el más largo del verano, con el que finalizaba el curso y comenzaba otro; y esto, prácticamente no ha variado. Las cinco horas lectivas se repartían en dos sesiones bien promediadas y en esto sí que hay diferencia con la actualidad. La de mañana, de 10 a 13 horas, establecía que los alumnos no tuvieran necesidad de madrugar como lo hacen ahora. Todos iban a comer a casa y, por la tarde, la sesión de desarrollaba de las quince a las diecisiete horas. Los sábados también era lectivo y se esperaba con alborozo, la vacación de los jueves por la tarde (3).

Era preceptivo comenzar la jornada con el acto de izar las banderas pero esto no siempre se cumplía formalmente, por diversos motivos, entre los que estaban la mayor o menor disposición del maestro. Yo sólo llegué a participar en ello, comunitariamente, en uno de mis últimos destinos en que se disponía de un patio cerrado, megafonía y mástiles y cuerdas para las banderas. Se comenzaba siempre, ya en clase, con una oración, todos en pie. Seguía la corrección de los “deberes”, dedicándose la mañana al Cálculo y Problemas y al Lenguaje, sobre todo a la Lectura y la Escritura, diferenciándose las actividades en función de cada grado. Las tardes se dedicaban al estudio de las Ciencias Naturales, la Geografía y la Historia y, también, a desarrollar los Trabajos Manuales, el Dibujo, el Canto y la Gimnasia. Los sábados se explicaba el Evangelio y la Historia Sagrada, se memorizaba el Catecismo y hasta se rezaba el Santo Rosario.

El recreo, a media mañana, constituía el gran momento para jugar y para descansar del trabajo escolar. La mayoría de las escuelas no tenían patio por lo que se imponía utilizar los espacios aledaños a la escuela. La unitaria de mi infancia estaba situada en la plaza del pueblo, cuadrada, terriza, amplia y luminosa. El entretenimiento venía de la mano de multitud de juegos tradicionales que se practicaban con verdadera pasión. Con materiales sencillos y usuales –madera, palos, lana, gomas, clavos, cuero- construíamos o fabricábamos nuestros propios juguetes, como era el caso de la taba, el aro, la comba o el trompo. Cada época del año tenía sus juegos que, sin saber cómo, aparecían y desaparecían periódicamente.

Una de las estrategias consustanciales con la dinámica de la escuela unitaria era asegurar el trabajo autónomo para gran parte de los alumnos, es decir, las actividades escolares que son capaces de realizar los niños sin la intervención directa del Maestro. La escuela unitaria no era posible si no se apelaba a esta clase de trabajo que tenía una doble finalidad: acostumar a los alumnos a valerse de sus propias fuerzas y asegurar el orden y el buen gobierno de la escuela. Recordamos aquella clase numerosísima de nuestro padre en que, cuando llegaba el momento de la lectura individualizada de los más pequeños, formando corro alrededor de su mesa, los demás

trabajaban en un clima de silencio ejemplar: los medianos copiaban en sus cuadernos la máxima, el dibujo y la lección que había escrita en la pizarra y los mayores resolvían los problemas y ejercicios matemáticos del tema correspondiente de su libro. A veces, y con la debida cautela, se utilizaba el sistema mutuo de enseñanza –ya descrito en los tratados de la pedagogía clásica por los ingleses Bell y Lancaster que lo utilizaron en el s. XIX- en que los alumnos mayores enseñaban a los más pequeños, siempre que estuvieran aleccionados por el Maestro que no perdía de vista el proceso.

Esta forma de trabajar no era posible sin contar con un instrumento de la máxima importancia entonces como era el horario simultáneo o el cuadro de la distribución del tiempo y el trabajo en las escuelas de maestro único. El horario debía cumplir una condición fundamental: que todos los niños, de diferentes edades y capacidades, estuvieran ocupados trabajando cada uno en lo que le correspondiera. El horario debía conseguir una equilibrada alternancia en la ejecución de las actividades escolares, coordinando e integrando las distintas materias escolares con adecuación al ritmo de trabajo de los diferentes grupos de alumnos. Un buen horario dispone y rige el desarrollo práctico de todas las actividades escolares, armonizando tiempos, materias y alumnos. No sólo es una guía para el maestro y los alumnos, que saben en cada momento lo que tienen que hacer, sino una garantía de orden, de disciplina y de organización escolar.

Yo siempre contemplé un horario ilustrado y bien rotulado, confeccionado por mi padre, en la pared del aula que los alumnos mirábamos con curiosidad pero sin percatarnos de la importancia que tenía. Cuando nuestro padre se trasladó a otro destino que mejoraba sus posibilidades profesionales – Quintanar de la Orden que, además, tenía Instituto de 2ª enseñanza donde yo hice el Bachillerato- allí confeccionó un Cuadro-Horario, fechado en 1957, que es una verdadera joya –por su colorido, ilustraciones y contenido- que conservo como un tesoro. Estando en su posterior y último destino, Puente Genil (Córdoba), la Dirección General de Enseñanza Primaria convocó un Concurso entre los Maestros Nacionales para premiar los mejores Horarios elaborados para las Escuelas Unitarias (4). A pesar de que nuestro padre servía ahora en una graduada incompleta de niños, denominada “Ramiro de Maeztu”, el tema, tan trabajado por él durante años, le interesó vivamente. Preparó su trabajo, lo envió y obtuvo el segundo premio nacional. Los horarios galardonados fueron publicados en la revista “*Vida Escolar*” que los presentaba así: “*Salvo algún libertario rezagado, nadie discute ya la necesidad de que las escuelas cuenten con un horario que guíe su labor, señalando la sucesión de sus tareas. No siempre es loable una división tan minuciosa que descienda a marcar los minutos de cada actividad... Pero el horario, bien meditado en su estructura y obedecido de un modo humano, es auxiliar imprescindible en toda escuela, a tal punto que las que no lo tienen puede afirmarse que presentan, al menos, esta deficiencia, aun en el caso improbable de que sea loable todo el resto.*” (5). Desde siempre –y más con estas tempranas experiencias- fui amante del horario escolar que siempre confeccioné para las clases en que tuve que servir, fueran unitarias, graduadas incompletas o colegio completo. Muchos compañeros trataban de justificarme la inutilidad del horario ante lo rutinario y lo sabido de la tarea escolar. Pero yo los cogía “in fraganti” muchas veces, al constatar que determinadas actividades y contenidos no se habían dado esa semana, que había “lagunas” en su trabajo, descompensación en el tratamiento de las materias, etc. Para mí el verdadero valor del horario era que el alumno sabía lo que tenía que hacer y consideraba como suyo aquel cuadro distribuidor del tiempo y el trabajo que yo siempre clavaba en un lugar bien visible del aula.

En la década de 1960, la escuela unitaria todavía estaba muy extendida por toda la España rural e, incluso, en las grandes poblaciones donde en determinados núcleos urbanos, suburbanos,

extrarradios y otros, la existencia de las escuelas unitarias era una realidad. Para la Administración esto era un problema pues, técnicamente, se empezaba a considerar la unitaria como una escuela imperfecta a la que no podían llegar las bondades de la graduación y la homogeneización de la enseñanza. En esta situación, España colaboró en el desarrollo del Proyecto Principal de la UNESCO “Extensión de la Enseñanza Primaria en Iberoamérica” con un Curso sobre la “Escuela Unitaria Completa”, organizado por la Dirección General de Enseñanza Primaria. Las lecciones de este importante curso fueron publicadas después por el CEDODEP, en un voluminoso tomo (6), sirviendo de guía y de formación a numerosos maestros entre los que me encontraba yo, en mi unitaria de niños de Marinaleda. Allí, en los dos años que estuve, y ante el aislamiento y la soledad que suele sufrir un maestro en la aldea, me dediqué al estudio de éste y otros libros que, puntualmente, fue publicando el CEDODEP.

Un material consustancial con el funcionamiento de la escuela unitaria eran los cuadernos escolares de los que guardo un grato recuerdo. En la escuela de nuestro padre era un elemento de trabajo que rivalizaba con el libro e incluso lo superaba. En aquellos tiempos, el hecho de llevar bien los cuadernos escolares era el índice más elocuente de acierto o desacierto de la labor de un Maestro. Mi padre ordenaba la labor a la perfección y enseñaba a escribirlos, maquetarlos, rotularlos y dibujarlos con una maestría que era captada por todos los alumnos que se desvivían por presentar sus cuadernos como la obra bien hecha. Un Inspector, Juan Navarro Higuera, excelente dibujante, al que conocí ya al borde de su jubilación, experto en la didáctica aplicada a la escuela, lo explicaba así: “El libro es un factor que obra unilateralmente; el alumno recoge sus enseñanzas y reacciona de un modo o de otro, pero no puede modificarlo. Igualmente sucede con el otro gran medio de enseñanza, la explicación del profesor. En cambio, el cuaderno del niño es un exponente completo de su propia personalidad, al mismo tiempo que un reflejo fiel de la obra del maestro... El cuaderno es la obra más permanente entre las que realiza el escolar, y el hecho de que a través de él pueda seguirse toda su historia docente, le da una importancia muy digna de tenerse en cuenta” (7).

He tenido la gran suerte de conservar mis cuadernos escolares entre los seis-nueve años. Son ocho cuadernos, de treinta páginas cada uno, donde efectivamente está impresa mi historia escolar y mi incipiente personalidad. Están escritos con tinta negra y plumillas de acero montadas en sus palilleros. Los que realicé en el primero y segundo grado son cuadernos individuales y únicos, es decir cuadernos donde se reflejaba todo el trabajo escolar. Tienen la forma de una pequeña enciclopedia personalizada que incluye los resúmenes de cada tema del programa, de todas las materias, que copiábamos de la pizarra donde mi padre los escribía con caligrafía impecable. Él nos enseñaba hábitos de limpieza, pulcritud y orden y un sentido estético inusual en esas circunstancias extremas de una pobre escuelita rural. Se cuidaba la rotulación, la caligrafía, los dibujos, el colorido y la distribución armónica del texto escrito con las ilustraciones. Recuerdo que hasta los espacios en blanco y los márgenes del cuaderno se tenían en cuenta para que resultara un trabajo cuidado y estético.

Para las tareas más rutinarias y repetitivas, sí que teníamos otros cuadernos de peor calidad que a veces eran un montón de hojas cosidas. Tales eran para el cálculo y los problemas y para la caligrafía porque, aunque sabíamos que existían cuadernos impresos para tales menesteres, nosotros apenas los vimos en nuestra escuela. Se imponía la copia desde el encerado para las cuentas. También, para la caligrafía, aunque nuestro padre tenía la paciencia de poner a cada alumno una muestra personalizada de su puño y letra, con la consiguiente autoestima de cada cual, cuando se ufanaba diciendo: “*Mira lo que me ha puesto a mí*”. Y es que, efectivamente,

todas eran diferentes. Conservo varios cuadernos de muestras, escritas en rojo, con las consiguientes ejercitaciones o copias debajo, y también tiras de cartón, con series graduadas de muestras que se repartían por la clase, lo cual facilitaba mucho el trabajo. En el tercer grado empecé a llevar cuadernos por materias, sobre todo de Lenguaje y de Ciencias Naturales.

Creo que la realización de estos cuadernos escolares desarrollaron en mí, sin duda, hábitos que ya me han acompañado siempre en mi vida profesional y personal y que se arraigaron desde la más temprana edad escolar. Ser ordenado, cuidadoso y limpio son cualidades que he valorado siempre y que, después, he intentado inculcar a mis alumnos. Los cuadernos, como obra personal, a los que se les dedicaba tiempo y esfuerzo, eran muy estimados por los alumnos. Se sentía un placer especial al ir comprobando cómo las blancas y rayadas hojas se iban transformando en un mundo de conocimientos y de creatividad gracias a la actividad diaria de copiar, resumir, dibujar, interpretar, escribir, rotular, etc. No hay para los alumnos mayor satisfacción que la de contemplar su propia obra, aquella que es fruto diario de su esfuerzo y más si se realiza con gusto y con interés, como trabajábamos nosotros. El orgullo de ser el autor y el placer de recrearse en su producción y, luego, en su revisión, eran también los efectos que se desprendían de los cuadernos escolares.

Otra modalidad, eran los cuadernos colectivos o “cuadernos de rotación” en que cada alumno escribía durante un día los trabajos preceptivos que los demás hacían en sus cuadernos personales. La rotación de los alumnos para escribir en este cuaderno colectivo también podía ser parcial, de forma que varios alumnos lo hicieran a la vez, en el mismo día, repartiéndose incluso las tareas: unos escribían, otros dibujaban, otros rotulaban, etc. El resultado era una obra común que tenía el máximo interés. Conservo de mi padre, dos ejemplares modélicos de este tipo de trabajos. Un “*Cuaderno Mariano*”, realizado en el Grupo Escolar “Cristóbal Colón” de Quintanar de la Orden, en 1956, que recoge los trabajos escolares, realizados durante el mes de mayo, acerca de la Virgen María con multitud de datos históricos, geográficos, iconográficos, artísticos, etc. Escribieron y dibujaron en él todos los alumnos de la clase, incluido yo que estaba terminando el Bachillerato e iba mucho a la escuela para ayudar a mi padre, pues ya tenía claro que iba a estudiar Magisterio.

En una época en que el nacional-catolicismo configuraba todo el sentido de la escuela española, este trabajo causó admiración y llegó hasta el Obispo de la Diócesis que lo valoró especialmente, recibiendo nuestro padre su felicitación por este excepcional trabajo escolar que tengo la suerte de conservar. Otro cuaderno, realizado en Colegio “José M^o Pemán”, de Puente Genil, en los años 1961-1962, son unas hojas de gran tamaño, cada una de las cuales recoge una conmemoración escolar de las que preceptivamente había que desarrollar en la escuela: Día de la Hispanidad, Día del Caudillo, Día de la Juventud (San Fernando), etc. Se trata, igualmente de otro modelo de cuaderno de rotación, heredero de una escuela muy mediatizada por dos materias, básicas entonces, que impregnaban toda la labor escolar: la Religión y la Política o Formación del Espíritu Nacional.

En mis primeros años de Maestro y deudor de estas experiencias anteriores, realicé varios cuadernos con mis alumnos, algunos de los cuales fueron premiados en diversos certámenes. Uno de ellos lo realicé para participar en un Concurso de Divulgación de la Seguridad Social en la Escuela, en 1964, estando de Maestro en el Patronato “San Alberto Magno” de Puente Genil (Córdoba). Fueron pequeños Cuadernos individuales, que todos los alumnos hicieron, desarrollando una serie de temas sobre la Seguridad Social y de los cuales hice una selección de los mejores, consiguiendo el 2º premio provincial.

El Cuaderno de Rotación de las enseñanzas de Formación del Espíritu Nacional era muy recomendado en aquella época, aunque no todos los Maestros lo realizaban. Yo, al margen del contenido político e ideológico de muchos de los temas que había que incluir, me interesaban los aspectos didácticos y estéticos que conllevaba este trabajo colectivo. El Delegado Local de Juventudes, Francisco Manzano, más preocupado de la educación física –cuando falleció le pusieron su nombre al polideportivo de Puente Genil- al comprobar como trabajaba, me visó el Cuaderno y lo envió a la Delegación Provincial de Juventudes de Córdoba donde me concedieron el Premio 1º y Diploma de Honor. Como consecuencia de este premio, el Delegado Nacional de Juventudes y en su nombre el Jefe Central de Enseñanzas me otorgó un Diploma de Honor “*por mi sobresaliente colaboración durante el curso escolar 1963-64, en la obra educativa que dirige el Frente de Juventudes*”. La verdad es que realizar un Cuaderno de este tipo llevaba consigo un gran trabajo para preparar y resumir los temas, buscar ilustraciones adecuadas y movilizar e interesar a los alumnos. Como me lo devolvieron, lo conservo con gran cariño y estima, figurando en la primera página el nombre de todos los alumnos que participaron. Ya de mayores, cuando he visto a algunos y hemos recordado aquellos años escolares, al saber que yo guardaba este Cuaderno me pidieron una fotocopia de las páginas en que ellos participaron, recibéndola con gran alegría al ver su caligrafía y sus dibujos infantiles.

En 1973, estaba en mi último destino como Maestro, en el Colegio Nacional “Princesa Margarita de Austria”, del barrio de Canillejas, en Madrid. Daba clase de Lengua y Literatura a los alumnos de la segunda etapa (6º, 7º y 8º cursos), de la recién implantada E.G.B. Una de las técnicas que utilizaba para practicar el lenguaje era la elaboración de un periódico escolar que era algo similar a los cuadernos de rotación con los que ya tenía experiencia. En 1974, la Delegación Provincial de la Juventud de Madrid, que ya se había desprendido de mucho dogmatismo, aunque seguía dependiendo de la Secretaría General del Movimiento, convocó un Concurso de Periódicos Escolares. Yo participé, en una época en que el tema de la prensa escolar todavía era minoritario entre los Maestros. Con mi experiencia, elaboré tres periódicos –le llamamos “Nuestro Diario”– en los que la temática política y religiosa, ya no era preceptiva. Había secciones de noticias nacionales y mundiales sobresalientes, desde la óptica de los alumnos, y una sección de realidades y problemas del barrio en que estaba encuadrada la escuela, además de temas escolares, musicales, deportivos, etc., todos sugeridos por los alumnos. El resultado fue que ganamos el primer premio provincial de Madrid y el tercer premio nacional. Sólo conservo la fotocopia de cada uno de los ejemplares que se enviaron al concurso. Posteriormente la teoría y la práctica acerca de “La prensa y la educación” la publiqué en varios artículos, en la revista “Vida Escolar” del Ministerio de Educación. El primero se titulaba “*El periódico escolar, ¿qué es?, ¿cómo se hace?*” (nº 172-173, 1975).

El último trabajo que quiero mencionar, fue el que realizamos en el mismo Colegio para participar en el Concurso escolar “Pedro Poveda”, convocado en su centenario, ese mismo y provechoso año de 1974. Se trataba de un tema social-religioso, muy específico, que conocía poco y del que no estaba muy motivado, de momento. Me animó y me pidió encarecidamente que participara la Directora del Colegio, Conchita Cerezo, una amable teresiana al que el tema le era lógicamente muy querido. Después de pensarlo mucho, decidí hacer, con los alumnos mayores, un estudio hemerográfico titulado “*La vida y la obra del Padre Poveda en los diarios y revistas madrileñas*”. Consistió en la selección, recorte, análisis y comentario de las noticias e informaciones que aparecieron en la prensa sobre este sacerdote, pedagogo y humanista, fundador de la Institución Teresiana. El aspecto estético del trabajo, la disposición de las ilustraciones y la

selección y el análisis de los textos se conjugaron en la presentación de un trabajo, muy original, que consiguió el Primer Premio y que nos llenó de satisfacción a mí, a los alumnos y a la Directora que se ufano gozosa ante la Institución de la que recibió toda clase de parabienes.

El viejo cuaderno colectivo de mi infancia tuvo, pues, un desarrollo didáctico y técnico a lo largo del tiempo y de mi carrera profesional. Comencé escribiendo en él como alumno y terminé diseñando otras formas y modelos de realizarlo, donde mis alumnos aprendieron técnicas y contenidos nuevos. El valor emotivo y espiritual que hoy tienen para mí los cuadernos que conservo de mi infancia, y los que dirigí como Maestro, es algo difícil de explicar. Creo que en ellos está condensada toda mi niñez y parte de mi vida profesional.

2. LOS LIBROS ESCOLARES QUE ME MARCARON

2.1. Las cartillas “Nene” y “Rayas”

La escuela unitaria, donde realicé mi escolaridad primaria, era muy pobre y aquellos años de la dura postguerra española no daban para muchas alegrías. Sólo los niños, refugiados en nuestros juegos y en la asistencia a la escuela, sobrevivíamos a la penuria y a la escasez que nos acompañaba. En la clase, apenas había libros y muy pocos los tenían personalmente. Mi padre enseñaba a leer colectivamente en el encerado con las letras, palabras y frases que escribía con su buena caligrafía y que después se copiaban en los cuadernos. Yo aprendí a leer en un ejemplar de la cartilla “Nene” que mi padre guardaba con esmero. Se trataba de un método muy original de aprendizaje de la lectura y la escritura por el dibujo, cuyo autor era Rafael Verdier, un director escolar malagueño, formado años atrás en la reforma educativa de la República y aun antes. Amigo de mi padre y conocedor de sus dotes para el dibujo, le encargó la ilustración de la cartilla lo cual desarrolló con gran éxito. Sus dibujos eran muy expresivos, de línea, y llenaban profusamente las páginas. En el prólogo se decía *“el dibujo infantilizado es un motivo impulsor de gran potencia pedagógica que hace atractivo el trabajo. Por ese medio se llega fácilmente al dominio de la mano”*. Sólo hay constancia de su autoría en la grafía de su apellido ASENSI, rotulado en la parte inferior derecha de la portada, la cual desaparecería en ediciones posteriores. Yo, conservo dos ediciones de 1943 y de 1945, pero hubo otras anteriores. Nuestro padre, desplazado forzoso desde Málaga a Hontanaya (Cuenca), perdió el contacto con su amigo que siguió editando su método hasta los años sesenta. Pues bien, en “Nene” aprendí fácilmente a leer, en la clara caligrafía de mi padre ya que la cartilla fue escrita totalmente por él no habiendo letra de imprenta alguna en sus páginas. La cartilla presentaba primero la palabra, con un dibujo, de la cual se realizaba la descomposición silábica y después la de las letras. Esta metodología era novedosa en aquellos tiempos como correspondía a los maestros que habían sido formados en la época de la República (8). Los alumnos más pequeños formábamos un corro alrededor de la mesa del maestro para realizar una lectura personal. Todos estábamos pendientes de por dónde iba cada uno, del que se equivocaba, de las correcciones que le hacía el Maestro y de otras consideraciones que, en definitiva, nos motivaban en el aprendizaje. Otras veces, la clase de lectura se hacía en el encerado, en este caso con grupos más pequeños, escribiendo el Maestro las palabras, sílabas y letras adecuadas a cada uno.

Un método que apareció cuando yo estaba terminando la educación primaria fue “Rayas”, de Ángel Rodríguez Álvarez, editado por Sánchez Rodrigo de Plasencia (Cáceres). Si lo menciono

es porque lo utilicé mucho en mis prácticas de Magisterio y en las sustituciones que hacía de maestros. Después, en mis primeros años como profesional, lo implanté en mi escuela porque era el material más conocido y que se vendía en todas las pequeñas papelerías. Luego, porque era un método silábico, claro y sencillo, con una caligrafía a base de tipos manuscritos de gran legibilidad que permitía la copia caligráfica. El método tenía tres partes y el tamaño de la letra se iba reduciendo hasta que se mezclaba con el tipo de imprenta. A su vez, cada parte se podía fraccionar en cartillas de pocas páginas con lo que se ofrecía un material cómodo y barato. En sus últimas ediciones, hacia 1964, se introdujo el color en su portada que fue cambiando periódicamente y, también, en los dibujos de línea que ahora aparecían a una sola tinta o color. Con Rayas aprendieron a leer muchas generaciones de españoles (9).

2.2.- “*Hemos visto al Señor*” y “*Yo soy español*”

De la cartilla pasé –ya en la etapa de lectura vacilante- a soltarme en la lectura corriente, como se la llamaba entonces, en un librito de gran predicamento en toda la larga etapa franquista. Se trataba del célebre “*Hemos visto al Señor*”, *el libro de primer grado de Religión*, del Inspector Agustín Serrano de Haro, de verbo cálido y acendrado catolicismo, que lo justificaba así en el prólogo de su obra: “*firmes en nuestro criterio de que la gran necesidad del mundo y el más noble afán de la escuela es el conocimiento y el amor de Jesucristo*”. El libro, de un indudable didactismo, impreso en letras grandes de imprenta, con unos dibujos realistas muy conseguidos, de López Arjona, con frases cortas y bien construidas y léxico apropiado fue muy valorado por los maestros. Los pasajes principales de la vida de Jesús estaban contados con sencillez y un gran atractivo para los niños por lo que yo lo leía y releía afianzando mi capacidad lectora. Recuerdo un capítulo que me impresionaba, el titulado “Un rey criminal” donde se contaba la matanza de los inocentes por el rey Herodes ilustrado por un dibujo que reflejaba este suceso con toda su crudeza. “*Hemos visto al Señor*” apareció en 1941; en 1962, ya llevaba 57 ediciones, con una tirada de 100.000 ejemplares, lo cual era mucho para su época, introduciendo en sus últimas ediciones unas manchas de color en los mismos dibujos que lo hacía más atractivo. Fue un verdadero “best seller” escolar, de la editorial Escuela Española- Hijos de E. Solana, desapareciendo de su fondo editorial hacia 1970. Mis recuerdos me hacen, de vez en cuando, hojear con nostalgia dos ejemplares que poseo y deleitarme en la ingenuidad y beatitud de mis años infantiles (10).

Otro librito, del mismo autor, que utilicé de forma paralela a ese, fue “*Yo soy español*”, *el libro del primer grado de Historia*. Yo lo leía y releía con mi lectura vacilante, al principio, y luego ya con una cierta soltura. Su texto era sencillo y comprensible y no sé si las intenciones de Serrano de Haro al escribirlo, con su vehemencia habitual, me hicieron mella o no al afirmar que “*esas narraciones familiarizan al niño con la vida de su Patria. Y desde ahora se va habituando a pensar con ella, a sentir con ella, a considerar como propios sus pesares y sus glorias, a darse cuenta de que él es célula viva de la gran unidad nacional*”. Demasiado para niños de 6-7 años. Porque el autor aborrecía enseñar la “*historia de las cosas*”, es decir la de los monumentos, los candiles, las vasijas...que procedían de doctrinas “absurdas y peligrosas” y prefería la de las personas y sus gestas, epopeyas y hazañas. Y continuaba: “*Después de leer este libro, quede a los niños en el alma un halo de emoción, un estremecimiento de heroísmo, un ansia –vaga o concreta- de virtud.*”(11)

Había un capítulo que se llamaba “Los judíos matan un niño” que me impresionaba, tanto por lo que contaba como por las ilustraciones. Se trataba de la vida y la muerte horrenda del niño Santo Dominguito del Val, de Zaragoza. Según se contaba, a los judíos les irritaba que fuera un niño piadoso y cantara coplas a la Virgen por lo que lo crucificaron como al Señor. Este capítulo era tan tremebundo que lo eliminaron en ediciones posteriores. También, otro titulado “¿Serías capaz de hacer esto tú?”, se refería al martirio que padecieron los niños Justo y Pastor, de Alcalá de Henares, al que el Gobernador romano les cortó la cabeza. El autor pretendía con estas historias “*que calaran en los niños hasta lo más hondo y dejaran sus entrañas temblando de emoción*”. En fin, se trataba de una Historia de España, de signo religioso y con una visión bastante integrista y radical de los hechos que, a pesar de todo, sigo recordando porque las cosas de la niñez se graban indeleblemente.

2.3.- “Glorias Imperiales”, el libro de lecturas históricas por excelencia

Otro libro que me impactó mucho fue “*Glorias Imperiales*” del catedrático Luis Ortiz Muñoz. Libro escolar de lecturas históricas, alcanzó un éxito muy grande al responder exhaustivamente a las directrices gubernamentales de que fuera “*un compendio atractivo y apologético de todo cuanto de España deben conocer sus hijos para amarla con vehemencia y lucidez. Su historia, su carácter, sus costumbres, sus santos y sus héroes han de desfilar por sus páginas*” (Orden de 21 de setiembre de 1937). En este libro se destaca la unidad social, política y religiosa, forjada por los Reyes Católicos; se resalta la España Imperial de Carlos V y Felipe II; se exalta la conquista y la colonización de América; se subrayan la Inquisición y la Contrarreforma. Se propiciaba una mentalidad patriótica muy acusada y su autor -utilizando una narración impecable que alternaba con la descripción y el diálogo-, resaltaba los valores de la raza en episodios gloriosos y hechos heroicos que conducían a un nacionalismo exacerbado.

El libro estaba conformado por dos tomos. El primero se titulaba “Desde el Pilar de la Raza hasta la Cruz en la Alhambra” y el segundo “El gran Imperio de la Hispanidad”. Recuerdo que en la escuela sólo había dos o tres ejemplares y la estrategia didáctica que mi padre utilizaba era la lectura en voz alta, por él mismo, de uno o dos capítulos por sesión. Con una entonación mesurada y convincente, narraba con delectación hechos y aventuras que nos subyugaban, describía lugares remotos y exóticos que nos deslumbraban y dialogaba consigo mismo, metiéndose en la piel de los santos y de los héroes de la historia. Todos los alumnos –grandes y pequeños- seguíamos sin pestañear el relato –como si de una película se tratara- dando alas a nuestra imaginación en tiempos en que no había ni siquiera radio ni tebeos. Todos deseábamos que llegara el momento de la lectura de “Glorias Imperiales”, que mi padre reservaba para un día de la semana por la tarde. Todavía recuerdo algunos pasajes, como la descripción emocionante de la batalla de Lepanto o el salto de cinco metros y medio del conquistador Alvarado, con una lanza sobre el canal, en una de las escaramuzas de la conquista de Méjico. Véase una muestra del más puro relato de novela de aventuras que tanto nos gustaban a los chicos: “*La hueste de Cortés ha llegado al primer canal. Pero el lago se ha cubierto de millares de canoas, desde las que cae una granizada de flechas sobre los fugitivos. El primer canal lo salvan los hombres. Mas al pasar la artillería, el puente se hunde y muchos soldados y caballos quedan sepultados en las aguas. La retirada se hace ya imposible...*” (12) Yo, en mis primeros años de Maestro, intenté retomar estas lecturas que hacía mi padre pero lo tuve que dejar porque tenía la sensación de que ya todo era

distinto. Sí me sirvieron, en cambio, varios capítulos para realizar unos guiones radiofónicos que preparé en la emisora Radio Afán de Puente Genil, que pertenecía al complejo del Patronato “San Alberto Magno”, uno de mis primeros destinos.

“*Glorias Imperiales*” fue informado favorablemente por la Secretaría Nacional de F.E.T. y de las J.O.N.S. y, a pesar de ser un libro escolar, tuvo una sorprendente acogida en la prensa como vemos en estos pequeños apuntes: “*En la primera parte titulada “Aurora del Imperio de España”, se aviva la memoria o, mejor dicho se descubren al niño los orígenes y antigüedad de la Patria, otorgándose la natural primacía al proceso de nuestra romanización. Bello cuadro el capítulo, “Por primera vez era español el César de Roma”... (Melchor Fernández Almagro, en ABC, 21-7-1940); “Bajo la clara y amena vestidura de un libro escolar se nos ofrece aquí un verdadero tratado de Historia Universal de España, es decir, de aquellos momentos y episodios de la historia española, que tienen trascendencia universal...” (Nicolás González Ruiz, en YA, 11-6-1940). “Ortiz Muñoz ha tenido el acierto de escribir el mejor libro escolar de lectura de la Nueva España” (Solidaridad Nacional, Barcelona, 2-7-1940). Los comentarios de los políticos eran aún más contundentes. Véase, como muestra, unas líneas de la carta dirigida al autor por el Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, en 4-9-1940: “En las conciencias de los jóvenes de hoy, adormecidas por el furor de las campañas antiespañolas de los últimos años, revivirán, a través del estudio de “Glorias Imperiales”, aquellos sentimientos de religiosidad y patriotismo con los que, si los arraigamos profundamente en el corazón de la juventud, conseguiremos preparar el camino del verdadero Imperio espiritual de España”.*

Luis Ortiz Muñoz (1905-1975), sevillano, Catedrático de Griego y Latín, fue Director del Instituto Ramiro de Maeztu, creado por él, periodista en “El Debate”, El Correo de Andalucía”, “Ya” y “Magisterio Español”. Tuvo importantes cargos políticos como Director General de Enseñanza Media y Universitaria, Subsecretario de Educación Popular y Procurador en Cortes. Todo ello no fue obstáculo para que escribiera, con prosa brillante y emotiva, el libro de lecturas históricas de más éxito escolar. “Glorias Imperiales” fue para mí una obra perfecta que recuerdo con verdadera nostalgia. Ahora, en la madurez de mi vida, reconozco que exaltaba de forma desmedida el orgullo patriótico. De su lectura se deducía lo que un buen español, católico ferviente, tenía que amar u odiar, imitar o rechazar, condenar sin concesiones o celebrar con entusiasmo. El enfoque triunfalista que se le daba a la historia se condensaba en las imágenes del castillo, la catedral o el monasterio, el guerrero cristiano, el monje medieval y la carabela colombina. Imágenes que plasmó, con dibujos muy adecuados y artísticos, Antonio Cobos y que, también, se grabaron en mi mente. En fin, “Glorias Imperiales” era un texto vehemente y sentimental, lleno de ensoñaciones imperiales que es natural que influyera, en su momento, en los más jóvenes. Por eso he querido que no faltaran mis impresiones acerca de él, siempre teñidas de una amable nostalgia.

2.4.- Las enciclopedias, todo el saber en un libro. La “Álvarez”, un mito pedagógico

La enciclopedia era el libro de texto único de la escuela de mi niñez y lo siguió siendo hasta 1965-1970. Guardo hacia ella una gran veneración porque en sus páginas se encontraban todos los contenidos y materias que tenía que aprender. Era el libro por excelencia que compendia, de forma resumida, todo el saber. Se adaptaba a los tres niveles o grados, elemental, medio y superior de la enseñanza. El estudio, gradualmente progresivo, de las mismas materias,

profundizando en su contenido, a medida que se avanzaba curso a curso, era lo que daba sentido a este sistema concéntrico o cíclico de la enseñanza, como se le denominaba entonces.

La enciclopedia de cada grado servía para dos o tres cursos en los que se repetían y afianzaban las técnicas y los conocimientos, debiendo el Maestro dosificarlos, adecuadamente, en función de la heterogeneidad de sus alumnos. Es decir, cada grado de la enciclopedia –que eran tres más uno de iniciación profesional- repetía los conocimientos fundamentales de cada materia, ampliándolos convenientemente, con lo cual se afianzaban en la mente de los alumnos que enlazaban los conocimientos con facilidad. De esta forma, las generalizaciones del pensamiento las íbamos construyendo espontáneamente a lo largo de la escolaridad. La enciclopedia nos ofreció, en su momento, una visión coherente del mundo de la cultura elemental, lo que ha servido, después, a muchos adultos de varias generaciones para configurar su universo cultural. En ella, en fin, se imponía, lo importante, lo útil, lo básico y lo elemental de cada asignatura.

Yo conocí varias enciclopedias -en la paupérrima escuela unitaria en que estudié- que se reservaban en el armario escolar para los más mayores, y a las que tenía un acceso más fácil, al ser el hijo del maestro, pues los alumnos del primer y segundo grado, casi nos escribíamos nuestra propia enciclopedia, día a día, en los cuadernos. Entren ellas estaban las de dos editoriales punteras entonces, “*Enciclopedia Escolar Edelvives*”, de Zaragoza (13) y “*Nueva Enciclopedia Escolar Hijos de Santiago Rodríguez*”, de Burgos (14); y otras dos de autores reconocidos, “*Enciclopedia Práctica*”, de Antonio Fernández, de la editorial Salvatella, de Barcelona (15) y la “*Enciclopedia cíclico-pedagógica*” de José Dalmáu Carles, de la editorial del mismo, con sede en Gerona. Quizás, esta última fue la que más utilicé, pues tenía un gran prestigio y así recuerdo que mi padre la valoraba mucho. Comenzó a editarse hacia 1922; por tanto vivió cambios políticos determinantes como el paso de la monarquía a la república y de ésta a la dictadura franquista, teniendo los editores que acomodarse a los dictados políticos que, a veces, depuraban y prohibían textos y autores. Dalmáu Carles, supo adaptarse a cada época y así, no hace mucho, en el “boom” de la reedición de libros escolares antiguos para uso de nostálgicos, la enciclopedia de Dalmáu Carles, se promocionaba como “*el manual escolar de saberes republicanos*”.

Como la enciclopedia de cada grado servía para dos cursos escolares, Dalmáu Carles, indicaba en una nota previa que el primer año sólo había que estudiar lo impreso en letra mayor y en el segundo año, todo cuanto contiene el libro. Esto hacía que muchos alumnos estuviéramos pendientes de la letra pequeña para, si era posible, aprenderla también y así superarnos a nosotros mismos y sorprender a los compañeros, aunque el maestro decía que no era necesario. Cada lección, que era muy corta, terminaba con un recuadro, en letra muy pequeñita, que proponía los ejercicios del primer año y otro recuadro que contenía los ejercicios del segundo año. Siempre me llamaron la atención los grabados con que se ilustraba, algunos de gran calidad pero que no favorecían su copia. La enciclopedia de grado elemental exponía en su primera página que tenía 400 grabados (16).

Las enciclopedias eran libros, generalmente, encuadernados con solidez ya que tenían que soportar el continuo hojear y manoseo del alumno durante varios años. Incluían contenidos, ilustraciones, caligrafía, lecturas, ejercicios y resúmenes. Las ilustraciones solían ser dibujos o grabados en blanco y negro que constituían una ventana abierta al mundo natural y social que los alumnos mirábamos una y otra vez con delectación. La enciclopedia tuvo la ventaja de su economía, unidad de criterio, compendio de saberes y un esquema de trabajo simple. Por eso, muchos maestros mayores que la utilizaron la seguían echando de menos, a partir de 1965. Las editoriales se esforzaron en realizar buenas enciclopedias, dándoles cada una su estilo propio y

ofertando material complementario como era el libro del profesor o solucionario y los cuadernos de escritura, de cálculo y de problemas.

De todas las enciclopedias hubo una que, en plena etapa franquista, puede decirse que arrasó. Su autor tenía un apellido muy corriente. Pero era, a la vez, el nombre del manual escolar más reputado y de más éxito en nuestro pasado más inmediato: la “*Enciclopedia Álvarez*”. En las librerías de viejo se venden ahora a buen precio y en las Ferias del Libro Antiguo, de estos últimos años, ha sido de los más solicitados. La reeditaron en sus tres grados, situándose entre los cinco libros más vendidos en España. Todo un “best seller”, como lo fue en su época. Yo no la utilicé como alumno pero sí en mis comienzos de maestro y guardo de ella múltiples recuerdos de los que desgranaré algunos.

La concibió un maestro zamorano, Antonio Álvarez, que con gran intuición didáctica conectó inmediatamente con las necesidades de los maestros de su tiempo. En la editorial Miñón, de Valladolid, a partir de 1952, distribuyó cerca de cuatrocientas ediciones en quince años, vendiendo más de cuarenta millones de ejemplares y haciéndose con más del 70% del mercado de libros escolares. Cifras estas que no han sido superadas por ninguna editorial de nuestros días. Se dejó de utilizar, oficialmente, a partir de 1965, cuando aparecieron los “Nuevos Cuestionarios para la Enseñanza Primaria” que introdujeron los textos de “Unidades Didácticas Globalizadas”. Pero siguió usándose officiosamente cinco años más, sobre todo en las unitarias. La Ley General de Educación, 1970, que trajo la gran modernización con nuevos materiales como “las fichas de trabajo” y los “libros de consulta”, tampoco acabó totalmente con ella. Los maestros rurales seguían dándole un uso alternativo. Puede decirse que se extinguió, más o menos, cuando murió Franco.

Yo la utilicé durante varios años en mis clases de la Unitaria de niños nº 1 de Marinaleda (Sevilla), en 1962 y 1963; en destinos anteriores, de interino, y en otros, posteriores, en una graduada incompleta de Puente Genil. Incluso en Madrid, en el desaparecido Colegio incompleto “Princesa Margarita de Austria”, de Canillejas, donde serví, desde 1971 a 1976, todavía quedaban en los armarios enciclopedias Álvarez que usábamos algunos maestros. Mi impresión ahora es que se trataba de un texto sencillo, “*intuitiva, sintética y práctica*” –como se proclamaba– y muy ajustada en cuanto a las nociones básicas de cada materia, según prescribían los Cuestionarios Nacionales vigentes.

En la enciclopedia del grado primero, cada lección ocupaba una página y tenía dos partes, una lectura en letra de imprenta que aclaraba o complementaba la lección correspondiente y que, a veces, consistía en recitaciones, narraciones o anécdotas; y, a continuación, el texto de la lección, en letra manuscrita, propia para ser copiada por los alumnos y memorizada. Cada lección se acompañaba de un dibujo de línea desigual y no muy estéticos, pero aptos para ser copiados. Estos dibujos los hacía el propio Álvarez, así como la caligrafía y la rotulación. Más adelante introdujo en sus textos otros dibujantes y colaboradores que modernizaron algo el material. Al final de cada materia se proponían unos ejercicios sencillos –dos o tres por lección– que completaban el proceso. Este plan, un poco más complejo, servía para el segundo y el tercer grado. Cada enciclopedia tenía su correspondiente Libro del Maestro con el nombre de “Sugerencias y ejercicios”, muy valorados por los maestros (17).

La enciclopedia “Álvarez” era pródiga en reflexiones morales, en Formación del Espíritu Nacional, en Religión e Historia Sagrada y en Urbanidad, y facilitaba, por su propia sencillez, la inculcación ideológica de los alumnos. Se ha dicho que Álvarez tuvo en sus manos, casi en exclusiva, la educación cultural, moral, religiosa y política de millones de españoles que aún

recuerdan sus libros, de ahí el éxito de ventas de las recientes reediciones para adultos. Los estudiosos e investigadores tienen en ella un campo muy extenso para analizar el modelo antropológico cultural de la educación, el control ideológico del estado, los valores de la sociedad de su tiempo... En ello estamos.

Un hermano menor de la “Enciclopedia Álvarez”, era “El Parvulito”, dirigido a los más pequeños que ya empezaban a escolarizarse y a los que se les denominaba párvulos. Este librito lo utilicé mucho en el primer curso pues la mayoría de los alumnos no había cursado la etapa infantil o escuela maternal y carecían de todo tipo de hábitos, de destrezas y de conocimientos. Cada lección ocupaba una doble página, la de la izquierda, de letra de imprenta grande y clara, servía para perfeccionar la lectura vacilante de los pequeños. Las sencillas ilustraciones y la letra manuscrita de la derecha, eran para practicar el dibujo y la escritura. Los contenidos eran muy elementales no faltando los que conllevaban un matiz político y religioso, como por ejemplo: “Los niños Justo y Pastor prefirieron morir antes que ofender a Dios. Si amamos a Dios sobre todas las cosas, el Cielo será nuestro premio”, o bien, “El día 18 de julio de 1936, Franco inició el Alzamiento Nacional y libró a España de sus enemigos”. (18) Así, de forma telegráfica, pero insistente, se producía la inculcación ideológica ya desde la más temprana edad. Junto a “El Parvulito” utilicé, otro librito muy parecido y que se difundió mucho. Se llamaba “Mis primeros pasos” y su autor era Manuel Antonio Arias, también maestro. Era quizá más sencillo y simple que su competidor con unos dibujos más definidos y perfilados cuyo autor era Julio Algora (19).

3. MI HISTORIA PERSONAL DE LAS UNIDADES DIDÁCTICAS GLOBALIZADAS

Durante mi escolaridad primaria, mis estudios de Magisterio y mis comienzos como Maestro sólo conocí y utilicé la cartilla, los libros de lectura y la enciclopedia -como libros básicos- y algunos complementarios de lengua, de aritmética y geometría y de religión. Estos materiales eran un reflejo de los Cuestionarios Nacionales de Enseñanza Primaria de 1953, que estructuraban los contenidos en materias instrumentales (Lectura, Escritura y Cálculo), formativas (Religión; Formación del Espíritu Nacional con Geografía e Historia; Lengua Nacional y Matemáticas; Educación Física), y complementarias (Ciencias; Música, Canto y Dibujo; Manualidades y Labores femeninas)

En 1965, yo me encontraba iniciando la Licenciatura de Pedagogía en la Universidad Complutense de Madrid -gracias a la Beca y Licencia de Estudios que conseguí- cuando me sorprendió mucho -como a casi todos los Maestros de la época- la nueva normativa que promulgaba unos “Nuevos Cuestionarios” que rompían totalmente con el plan anterior. Sobre todo, la novedad era la introducción de unas llamadas “Unidades Didácticas Globalizadas”, en los cuatro primeros cursos, que venían a sustituir el tradicional tratamiento escolar de las asignaturas. Los redactores de estos Cuestionarios, era el equipo de expertos del CEDODEP, que ya tenía un buen rodaje desde su creación en 1953, bajo la dirección de Adolfo Maíllo. Ahora, lideraba este Centro de Documentación y Orientación Didáctica, Juan Manuel Moreno, Catedrático de Escuelas Normales que fue profesor mío en la Universidad a la que traía savia fresca en su materia de Organización Escolar. Otros miembros del CEDODEP, casi todos Inspectores de Educación, que también llegaron a ser Profesores de la Facultad de Pedagogía y que recuerdo, fueron Arroyo del Castillo, Buj Gimeno y Arturo de la Orden.

Se decía en la introducción de estos “Nuevos Cuestionarios” que *“se habían tenido muy en cuenta los cambios que se han producido en las distintas esferas de la vida como consecuencia de la rapidez del desarrollo y de la aplicación de los conocimientos científicos”*. También de *“la adaptación a las necesidades de la sociedad española actual”* y *“de una mayor comprensión del escolar y del proceso de adquisición de conocimientos, como consecuencia de los avances en Psicología y Pedagogía”* (20). Se empezaban a notar los primeros cambios en el franquismo y la apertura a otras ideas educativas. A mí me pareció muy sugestivo el planteamiento de las “Unidades Didácticas Globalizadas” cuya teoría estábamos estudiando en la “Metodología Didáctica” de Renzo Titone, un libro muy recomendado entonces por su traductor, Manuel Rivas Navarro, Inspector y Profesor de Didáctica Especial, en la Facultad de Pedagogía. Al estudiar las “unidades didácticas”, los “centros de interés” y “el principio de globalización”, según Decroly, pensaba que eran experiencias extranjeras ajenas a nuestra realidad y que, al parecer, ahora se trataban de incorporar a nosotros. Mis estudios de Historia de la Educación y de las Instituciones Educativas Españolas eran todavía muy pobres y sesgados, por lo que me llevé una gran sorpresa, como veremos.

El curso 1965-1966, yo me encontraba residiendo en el Colegio Mayor “Juan Luis Vives”, en Madrid, que dependía de la Mutualidad Nacional de Enseñanza Primaria. Su Director era entonces el Inspector Pablo Guzmán, que al saber que estudiaba Pedagogía se interesó por mí y por otro compañero, Sosa. Cuando comprobó que éramos, además, Maestros, con cierta experiencia, nos propuso que le preparáramos unas Unidades Didácticas. Nos dio los títulos *“Nuestro cuerpo”*, *“El cartero”*, *“La primavera”* y *“El día y la noche”*, nos animó trabajar y nos dijo que, posiblemente, las incluiría en un trabajo que estaba preparando. Yo me marché de vacaciones de Navidad, a Puente Genil, último destino de mi padre, al que le expliqué el proyecto y la dificultad de no poder contar con algún material de consulta ya que se trataba de una metodología novedosa. Mi padre me miró sonriente y se fue a una estantería, donde conservaba libros antiguos que yo hojeé alguna vez, pero sin darle ninguna importancia, ya que consideraba que eran antiguallas. Me puso en las manos tres libritos, *“El método Decroly”*, de Antonio Ballesteros, *“Los centros de interés en la escuela”*, de C. Guillén de Rezzano y *“La función de la globalización y la enseñanza”* de Ovidio Decroly. Me explicó que fueron publicados por la Revista de Pedagogía, entre los años 1922-1936, y que todas esas doctrinas y experiencias, que yo estaba estudiando ahora, ya se conocían en España en esos años y que él las había practicado, en su momento. Ante mi asombro, consultamos el catálogo de las publicaciones, que figuraban al final de los libros, y me sorprendí al comprobar que aquellos “popes” de la Pedagogía, desconocidos hasta ahora por mí, se habían editado y estudiado en España hacía cuarenta o cincuenta años. Me sacó también unos cuantos números de la “Revista de Pedagogía”, de los años 1930-1935, dirigida por Lorenzo Luzuriaga, que guardaba como un verdadero tesoro, donde comprobé que en ella escribían Decroly, Dewey, Claparède, Coussinet, Piaget, y tantos otros pedagogos notables que, después, fueron condenados al ostracismo en aras de una pedagogía tradicional, ascética, escolástica, católica, imperialista y nacionalsocialista...

Como la guinda que corona un sabroso pastel, mi sufrido y generoso padre, con una sonrisa de boca a boca, me ofreció, por último, dos tomos, un poco añosos pero en buen estado, que se llamaban *“Los centros de interés”*. Su autor era José Xandri Pich y estaba editado en el año 1932. Con emoción los hojeé y pude comprobar que era un texto escolar, con sus dibujos y grabados en negro, ejercicios, lecturas, nociones y actividades muy diversas, pero todo globalizado en torno a títulos tan sugestivos como “La escuela y sus dependencias”, “La leche y sus productos”, “El otoño”, “La vida en el pueblo”, etc. (21). Eran los mismos títulos o muy similares a los que ahora

proponía el Ministerio de Educación, después de un vacío de treinta años en que se nos ocultaron los avances de la pedagogía y las modernas metodologías porque, al parecer, eran antiespañolas y anticatólicas...

Fueron unas Navidades muy provechosas, hablé mucho con mi padre y descubrí muchas cosas. Él me explicó que en los años de la República utilizó en su escuela, con gran provecho, los “Centros de Interés” de Xandri Pich que fué Inspector suyo, y que, después, cuando fue depurado y trasladado forzoso de su tierra, tuvo que sepultar esos libros –muchos de los cuales fueron prohibidos- y acomodarse a “*las nuevas directrices*”, sufriendo muchas humillaciones. Desde aquel mismo momento supe que todos esos libros constituían una valiosa herencia que mi padre puso enseguida a disposición mía, una vez que comprobó, con alegría, el interés y la atención que les prestaba. Hoy forman parte importante de mi colección de libros escolares y pedagógicos antiguos que tanto valoro.

En esos días de alumbradoras vacaciones estudié a fondo los libros de Xandri Pich. También leí con gran atención “Los centros de interés en la escuela”, de la pedagoga argentina Guillén de Rezzano, del año 1933, libro que encabezó la colección “La práctica de la educación activa” que editó la prestigiosa y española “Revista de Pedagogía”. En él me enteré de que las bondades de lo que ahora se nos ofrecía ya habían sido puestas de manifiesto hace cuarenta años. Decía Guillén: *“El sistema de los “centros de interés” ofrece ventajas innegables que todo maestro práctico reconocerá inmediatamente. En efecto, reemplaza la dispersión de los viejos sistemas por la concentración; ofrece a la mente que trabaja un punto de apoyo constante, un núcleo asociativo. A la unidad externa, corresponde la unidad mental, base de toda memoria racional, juicio recto y raciocinio completo.... Los seres y las cosas se presentan unidos por lazos que no son los inventados por los hombres, sino los naturales. Los centros de interés se oponen a la enseñanza fragmentaria y enciclopédica a un mismo tiempo, pues los conocimientos son variados, pero no diversos. La reforma que tratan de realizar, no tiene por objeto una mayor y mejor adquisición de conocimientos, sino una modificación fundamental en la forma de adquirirlos”* (22). Esta autora ofrecía en su obra un desarrollo práctico y modélico de cerca de veinte centros de interés para el primer y el segundo grado de la escuela primaria, que me sirvieron mucho.

Con esta documentación de primera mano, redacté las dos “Unidades Didácticas” que me tocaron y al volver de vacaciones se las entregué al Inspector y Director del Colegio Mayor que me felicitó, días después, cuando las hubo repasado. Al inicio del nuevo curso, en 1966, las vi impresas en uno de los primeros textos de Unidades Didácticas que se publicaban, en Nutesa, una pequeña editorial, creada por Pablo Guzmán, con otros Inspectores, que ya venteaban el “boom” editorial de libros escolares que se avecinaba. Nutesa fue absorbida, al cabo de unos años, por Santillana, que se estrenó editando sus propias Unidades Didácticas siendo el arranque de su posterior expansión y poderío editorial. Del negro pedagógico que fui, en esta pequeña colaboración, hay una señal que dice mi autoría y que sólo sirve a mi ego, después de tantos años. En la unidad 22. “El cartero”, pág. 90, se comienza con una carta fechada, precisamente, en Puente Genil, lugar donde yo escribí aquellas célebres unidades didácticas, en las Navidades de 1965 (23).

Es curioso repasar ahora, al cabo de muchos años, los análisis, los planteamientos y las justificaciones que dieron los expertos de CEDODEP, en la revista oficial “Vida Escolar” y otros medios. Ellos, que eran pedagogos de gran solvencia en su época y sabían de la historia, dieron multitud de rodeos para no decir claramente que todo lo que ahora nos vendían como novedoso,

hubo un tiempo en que los maestros españoles lo utilizaron con buenos resultados. Pero había que referirse a una época que, en el año 1965, todavía no se podía nombrar sino para denostarla y, por tanto, no era posible presentar algo como bueno, procediendo de aquel pasado y aquellas personas.

En un monográfico de “Vida Escolar”, su Director, Juan Manuel Moreno, un hombre culto y preparado y un buen pedagogo, en el artículo “Introducción al concepto de unidad didáctica”, cita imperiosamente al pontífice de la pedagogía oficial, D. Víctor García Hoz para decir que *“el concepto de unidad pedagógica es esencial en la Pedagogía sintética, y con él se expresa una entidad real, en la cual la educación es susceptible de ser desarrollada en su totalidad”*. Bien, pero es un pensamiento muy alejado de la concreción práctica que ahora se planteaba y de sus antecedentes. Otro retroceso de Moreno está al decir que *“el tema de la unidad didáctica tiene ya un esquema propio en el pensamiento filosófico de la escolástica”* pero, añade enseguida, que *“no encontrará un punto de partida lo suficientemente fecundo como para abrirse en la rica gama de variaciones e interpretaciones de que puede ser objeto hasta que el movimiento pedagógico de la “Educación Nueva”, al revisar el verdadero concepto de aprendizaje, haga surgir los primeros estudios y definitivas experiencias sobre dicha unidad”* (24). Por fin, una alusión concreta pero tan poco perfilada que nos quedábamos sin saber la realidad a pesar de que el artículo, bien documentado, se centra en citar y recoger experiencias de múltiples autores anglosajones y, casi nada, de la práctica de la “Escuela Nueva” en Europa y, por supuesto, ninguna alusión a todas las experiencias españolas de esa época.

En España, en esos años, se vivió intensamente el movimiento europeo de la Escuela Nueva. No sólo era la “Revista de Pedagogía” oficial y sus series diversas de publicaciones que mantenían a los maestros informados de la práctica de la educación activa y de las metodologías que se estaban implantando. Hubo, también editoriales privadas que se sumaron a esta ilusión pedagógica, como Francisco Beltrán que, en 1926, ya publicaba la “Aplicación del método Decroly a la enseñanza primaria y la instrucción obligatoria”, de Gerardo Boon, con un amplio prólogo de Tomás y Samper, una obra donde se explicaban las particularidades del movimiento europeo en pro de una nueva educación. En él leemos: *“Los grandes principios de la pedagogía Decroly son de semejante significación y valor que los fundamentales de la Escuela activa, y coincidiendo con los de Montessori, Claparède... No de otro modo habría de ser. El gran mérito de estos pensadores ha sido el encontrar la verdadera base del método, buscándola en la naturaleza del niño; se han realizado investigaciones por caminos diferentes, y, sin embargo, llegan a los mismos puntos de coincidencia. Un gran principio de la pedagogía Decroly es de favorecer la espontaneidad del niño, principio que, según Ferrière, es, a su vez, uno de los fundamentales también de la escuela activa”* (25). Y es que el tema de las “unidades didácticas” había que estudiarlo en un contexto muy rico, que tenía muchas interrelaciones y que le daban auténtico sentido. Y todo esto se nos obvió por prejuicios políticos e ideológicos.

En la misma editorial Beltrán, se publicó, también, en 1936, “El método Decroly”, de su mejor colaboradora en Bruselas, Amélie Hamaïde, con un prólogo de Claparède, donde se explica la aplicación del método con ejemplos prácticos y el desarrollo de varios centros de interés. Y otra editorial que se sumó a esta eclosión de obras educativas fue Juan Ortiz, que publicó, en 1932, “La Autoeducación en el método Decroly, de Alexander Deschamps, que es una obra práctica donde se cuentan experiencias y formas de trabajar con los alumnos. A título anecdótico, he de señalar que en torno al año 1975, me enteré que un librero de la Cuesta Moyano, vendía, muy baratos, libros antiguos de Pedagogía. Fui a verlo y comprobé que tenía parte del fondo educativo que había

publicado Beltrán entre 1920-1936, casi todo nuevo. Me intrigaba pensar dónde habrían estado tanto tiempo guardados esos libros y por qué salían ahora a la luz. Ni qué decir que compré todos los que pude, a 5 pesetas ejemplar, y que hoy forman parte de mi colección de libros antiguos de Pedagogía.

Los “Nuevos Cuestionarios” de 1965, entendían la Unidad Didáctica como *“un grupo de conocimientos y actividades instructivas, aprendidas y realizadas en la escuela en torno a un tema central de gran significación y utilidad para el niño”*. Y sigue así su justificación: *“El sistema de Unidades Didácticas que hoy hemos recomendado de manera oficial para toda la Enseñanza primaria española se asemeja de alguna manera a los centros de interés de Decroly, aunque con un tratamiento más libre y una inspiración doctrinal al margen de muchas de sus aseveraciones didácticas. También se parece al método de proyectos, pero en modo alguno necesita de la meticulosa preparación y realización que éste exige. Yo diría, que hemos estado más cerca de los actuales sistemas de enseñanza sintética, de los que es pionero el pedagogo alemán Berthold Otto, y por los que la instrucción se imparte en los primeros cursos de forma concentrada y sistemática sobre problemas en los que se cultivan diversos contenidos escolares”*.

Las Unidades Didácticas Globalizadas se implantaron en 1965, con mucho énfasis y gran aparato doctrinal. Poco después, en 1970, se promulgó la importante Ley General de Educación, que en sus “Nuevas Orientaciones Pedagógicas” no las menciona, sustituyéndolas por núcleos o áreas de aprendizaje -áreas de expresión y áreas de experiencia-, que *“eviten la fragmentación en una serie de asignaturas inconexas entre sí las más de las veces”*. En la primera etapa de la recién creada E.G.B. *“la experiencia infantil concentrada o globalizada en núcleos o unidades variadas, de acuerdo con los intereses y posibilidades de cada momento y cada situación, darán ocasión y contenido a las actividades de las distintas áreas”*, indicándose en otro lugar que *“el repertorio de tópicos escogidos debe ser susceptible de su desglose en aspectos y unidades más reducidos (26)*. Sorprende que en sólo cinco años, la Administración educativa olvide todo el aparato doctrinal que generó en su día sobre las “Unidades Didácticas Globalizadas” aunque, en realidad, su tratamiento en los libros de texto, seguía siendo el mismo, quizá ahora con mucha más riqueza dada la experiencia que se tenía y el gran desarrollo y calidad que alcanzan los libros escolares. Pero ésta es una característica de las reformas educativas que suelen enfatizar mucho determinados elementos. En realidad, la reforma de 1970 tuvo su importancia, en cuanto al material didáctico se refiere, al proponer “las fichas de trabajo individualizado” que luego las editoriales desarrollaron exageradamente y de las que, también, tengo una historia personal que contaré en otra ocasión.

4. EL MAESTRO, LOS ALUMNOS Y LAS FAMILIAS

Permítaseme terminar estas minimemorias con unas alusiones -que pueden parecer extrapedagógicas- a los tres elementos personales básicos de la vida escolar. Son impresiones que he constatado personalmente durante muchos años y que he matizado, en lecturas posteriores, y en comentarios con compañeros y expertos.

En la década de los años cuarenta y cincuenta la mayoría de la población española sufría graves carencias. La principal era la alimenticia, siendo corriente encontrar alumnos débiles, desnutridos y mal alimentados. Los primeros comedores o “cantinas escolares” asumieron, más bien, una función de beneficencia. Fue al final de los cincuenta cuando se empezó a dar en las escuelas un

complemento alimenticio en forma de leche, queso y mantequilla, proveniente de la ayuda americana. En el recuerdo de muchos están aquellos grandes bidones de cartón reforzado que contenía una leche en polvo riquísima que levantaba una espuma olorosa al deshacerla y batirla, en grandes barreños, como personalmente hice multitud veces ya que, entonces, no había personal que lo hiciera por lo que la labor recaía en los maestros. Puedo dar fe de que muchos alumnos repetían dos y tres veces su vaso y que, al menos, esta leche, remedió algo sus carencias alimenticias. El queso y la mantequilla, en menores proporciones, era un lujo en aquellos tiempos y de ella se beneficiaron, además, los maestros, sus familias y mucha gente más.

La falta de higiene era otra realidad a causa de no existir en muchas poblaciones agua corriente y de los hábitos negativos de la población, sobre todo la rural. De aquí que lo primero que se hacía en la escuela era pasar revista de la higiene personal: aseo de la ropa y del calzado, limpieza de uñas, peinado y aseo de la cabeza para descubrir “bichos” indeseables, lo que era normal en esa época. La escuela era -y lo sigue siendo- el medio de contagio de enfermedades infantiles, entonces en gran auge, como eran el sarampión, las paperas, la tos ferina, la escarlatina e, incluso, la temible viruela. A veces, cuando tenía el carácter de epidemia, las Autoridades decidían cerrar la escuela por un tiempo.

Hasta cumplidos los seis años el niño no se escolarizaba –las clases de párvulos sólo eran establecidas y de forma muy restringida en las grandes poblaciones. La entrada en la escuela –para una gran mayoría de la población- lo era para aprender a leer, escribir y calcular y las nociones básicas del conocimiento. A los diez años, sólo unos pocos -yo fui un afortunado-, ingresaban en el Instituto para hacer el Bachillerato. Los demás, continuaban en la escuela perfeccionando sus conocimientos hasta que a los once, doce o trece años la iban abandonando para colocarse de aprendiz, para ayudar en las tareas familiares o para trabajar en las labores del campo. Los que tardaban más en dejar la escuela establecían con el Maestro, que en muchos casos era el único, una prolongada relación que duraba toda la escolaridad.

La escuela de estos años, heredera de las más antiguas concepciones, consideraba que al alumno le correspondía un papel pasivo, mero receptor de conocimientos (sólo los buenos maestros, muchos de ellos de épocas anteriores, que habían tenido contacto con otras doctrinas, propugnaban su actividad). Al alumno se le hacía memorizar y recitar muchos conocimientos aunque no los comprendiese. Estaba sujeto a órdenes e imposiciones que debía cumplir sin rechistar y a una disciplina, a veces represiva, que aceptaba sin dudar. Había sus excepciones, con algunos maestros, que desarrollaban el proceso educativo de forma más abierta y menos rígida. Las estrecheces económicas de las familias incidían en los niños, a los que no se les facilitaba el material escolar que necesitaban. Un libro, un cuaderno y un lápiz eran los únicos útiles de que disponían muchos alumnos para su aprendizaje. En esos casos, tener una cartera, un plumier o una caja de lápices de colores se convertía en todo un lujo.

La rutina y el poco interés que podía despertar una escuela masificada y carente de medios, hacía que algunos alumnos no superaran la tentación de hacer “novillos” o “rabona”. Y así, en las hermosas tardes primaverales de los pueblos, la aventura de coger ranas en la charca, nidos en los árboles o la fruta de las huertas, superaba a la tediosa hora en que se cantaba la tabla de multiplicar. Posiblemente, el recuerdo personal más vivo, que tienen los ciudadanos-as, que fueron niños-as durante esos años, sea la de su foto escolar que tantos conservan con cariño y nostalgia. Sentados en un viejo pupitre, con un libro abierto y de fondo el mapa de la Península Ibérica, los alumnos iban desfilando, ceremoniosamente, en lo que era todo un acontecimiento de la rutina escolar, la llegada del fotógrafo una vez al año.

Las familias de antaño solían tener bastantes hijos por lo que era corriente que a la escuela asistieran siempre varios hermanos. La responsabilidad de que los hijos acudieran diariamente a la escuela era de la familia. Había una norma gubernamental que sancionaba con multa a los padres que no cumplieran este precepto, encargándose los alcaldes de su cumplimiento. Las familias tenían interés en que sus hijos –sobre todo los varones- aprendieran las nociones básicas en la escuela primaria. Pero antes estaba la subsistencia en una sociedad con mucha escasez y pocas oportunidades para el estudio ya que, sólo unos pocos, a la edad de diez años, tenían la posibilidad de acceder al Bachillerato. Las niñas era corriente que fueran utilizadas, desde muy pequeñas, en las tareas domésticas a las que estaban destinadas y en el cuidado de los hermanos menores que no estaban escolarizados. Los chicos también se incorporaban pronto para ayudar en las tareas agrícolas y ganaderas, en los medios rurales, o como aprendices de muchos oficios, en los medios urbanos. En la época de la recolección de la uva o de la aceituna, como bien recuerdo, se movilizaba toda la familia, hijos pequeños incluidos, y hasta se suspendían las clases en determinadas comarcas.

Es cierto que, también, había familias que demostraban poco interés por el aprendizaje de los hijos a causa de la ignorancia y de la falta de expectativas. Pero si respetaban la autoridad del Maestro e, incluso, le instaban a que castigara a sus hijos en caso de falta de aplicación o de indisciplina. La relación de las familias con la escuela era individual y respetuosa. No existían, todavía, las Asociaciones de Padres que han venido a institucionalizar las relaciones, pero el agradecimiento de muchas se hacía patente en los regalos con que se obsequiaba al Maestro y a la Maestra en Navidad o en los “presentes” cuando se realizaba la matanza.

Todavía hasta finales de los años sesenta, las familias que querían daban una pequeña aportación económica para que sus hijos permanecieran una hora más en la escuela. Eran las llamadas “permanencias” que, reguladas por la propia Administración educativa, remediaron algo la exigua economía de los Maestros, pero que atentaba contra su dignidad y la de las familias que no podían pagarlas.

El papel del Maestro, en esta escuela tradicional, tenía que ser necesariamente muy activo: él era el único que enseñaba. El aprendizaje del alumno era la consecuencia de la enseñanza que impartía el Maestro. Sólo él poseía el conocimiento y la cultura que le facultaban para enseñar, preguntar y ordenar el proceso instructivo. Al alumno sólo le cabía aprender, responder y obedecer. Además, el Maestro estaba dotado de gran autoridad que ejercía en toda la comunidad a poco que él se prestase a ello. El respeto de los alumnos hacia su persona era muy grande. Al entrar en clase se dirigían a él con el “*Buenos días señor Maestro*”, quedándose todos en pie hasta que ordenaba sentarse. La relación con sus alumnos era intensa y continua y podía durar toda la escolaridad, caso de las escuelas unitarias. El hecho de que algunos alumnos realizaran estudios posteriores se debe, en gran parte, al interés de muchos Maestros que los prepararon bien y a su insistencia ante la familia para que apoyasen sus estudios. Yo he recibido multitud de testimonios de alumnos de mi padre que, aunque falleció hace treinta años, todavía guardan el grato recuerdo de su trato y de sus enseñanzas. El último, hace unos días, el de un comandante del ejército retirado, alumno de la unitaria de Hontanaya, entre 1941-1946, que me contaba, con toda emoción, que lo que él ha sido en la vida se lo debía a su Maestro D. Enrique Asensi. Y es que los recuerdos escolares son, en gran medida, los recuerdos de un buen Maestro.

En el año 1931, a pocos meses de instaurarse la República, se promulgó el plan de Formación de Maestros más ambicioso que ha habido. Se exigía el Bachillerato completo para acceder a las Escuelas de Magisterio, mediante un examen y después cursar tres años más uno de prácticas en

las escuelas, con lo que se obtenía el título de Maestro con un Plan de Estudios muy completo. Después de la Guerra Civil el Magisterio sufrió una de las mayores depuraciones políticas lo cual dejó al Cuerpo diezmado y en precario. La formación del Maestro, siguiendo las directrices gubernamentales, a partir de 1940, fue la más baja de la historia pues se facilitó la transformación de los bachilleres en maestros y se dictaminó que con 12 años se ingresara en las Escuelas Normales. A partir de la Ley de 1945, se exigieron los cuatro primeros cursos de Bachillerato para acceder a las Escuelas Normales con 14 años y estudiar tres años de carrera. Muchos de los que terminaban con 17 años no podían ejercer oficialmente hasta que no cumplían los 18 años.

Esta formación elemental del Maestro unida a una remuneración escasa, hacía que su estimación social fuera baja. Sin embargo, tenía autoridad y, sobre todo, en las comunidades rurales, su influencia era grande. Su ardua tarea la desarrollaba en aulas mal dotadas, con numerosos alumnos, pocas oportunidades de promoción y con un sueldo mísero. Los Maestros tenían que dar muchas clases particulares para tratar de sobrevivir. Sobre todo, preparaban bachilleres y, también, maestros, que cursaban las “enseñanzas libres” de aquella época. También organizaban en su escuela las llamadas “permanencias”, un vergonzante recurso económico que auspició la propia Administración, a cambio de una pequeña prolongación de jornada.

El Maestro necesariamente estaba ligado a su escuela y a la localidad en que servía, mucho más allá de su función profesional. Se era Maestro las veinticuatro horas del día, atendiendo otras tareas de la comunidad como eran las clases particulares, clases para adultos y multitud de servicios de ayuda y asesoramiento para las familias, relacionados con la administración, redacción de cartas y documentos, etc. Era frecuente que, también, ejerciera profesiones paralelas como practicante, contable y otras. Con ello el aprecio al buen Maestro constituía un hecho cotidiano.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) Crespo Cereceda, J. (1956). Organización de la escuela unitaria, Biblioteca Auxiliar de Educación, nº 17-18, p. 17. (Madrid: Hermandad de Inspectores de Enseñanza Primaria).
- (2) Onieva, A. J. (1959). Modo de llevar bien una escuela primaria, Madrid, AULA, p. 11.
- (3) Asensi Díaz, J. (2007). Memoria de la escuela. Catálogo de la exposición realizada en la sala Moreno Villa, Ayuntamiento de Málaga, p. 14.
- (4) Resolución de la Dirección General de Enseñanza Primaria, de 12 de mayo de 1959, por la que se convoca Concurso Nacional de Horarios Escolares (publicado en “Vida Escolar”, nº 8) y resuelto por la misma Autoridad con fecha 17 de agosto (BOE, del 25).
- (5) Revista “Vida Escolar”, nº 11, setiembre, 1959, Madrid, Dirección General de Enseñanza Primaria, Ministerio de Educación Nacional. En este número se publican los Horarios premiados.
- (6) VV.AA. (1960). La Escuela Unitaria Completa. Madrid: CEDODEP.
- (7) Navarro Higuera, J. (1968). “Cuadernos escolares” en Cuestiones de Didáctica Especial, pp. 123-124. (Madrid: Paraninfo).
- (8) Verdier, R. (1943). Nene. 1ª parte y 2ª parte. Málaga: Artes Gráficas Nuestra Señora de la Victoria, 4ª edición, cuarto menor, s.p., portada e ilustraciones de Enrique Asensi.
- (9) Rodríguez, Á. (1950). Rayas. Plasencia (Cáceres): Sánchez Rodrigo.
- (10) Serrano de Haro, A. (1956). Hemos visto al Señor. El libro del primer grado de Religión. Madrid: Escuela Española. 36ª ed. (1ª ed., 1941), 78 p., ilustraciones de José López Arjona, pág. 5-6.

- (11) Serrano de Haro, A. (1952). Yo soy español. El libro del Primer Grado de Historia. Madrid: Escuela Española. 10ª ed. (1ª ed. de 1943), ilustraciones de López Arjona
- (12) Ortiz Muñoz, Luis (1940). Glorias Imperiales. Tomo II: El gran Imperio de la Hispanidad. Madrid: Magisterio Español. 2ª ed., ilustraciones de Antonio Cobos, p. 109-110.
- (13) Edelvives (1938). Enciclopedia Escolar. Primer Grado. Zaragoza: Luis Vives. 4ª ed.
- (14) H. S. R. (1940). Nueva Enciclopedia Escolar H. S. R. Grado 2º. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez.
- (15) Fernández, A. (1943). Enciclopedia Práctica. Grado Preparatorio. Barcelona: Salvatella. Ilustraciones de Juan Navarro Higuera.
- (16) Dálmau Carles, J. (1936). Enciclopedia cíclico pedagógica. Grado Elemental. Girona-Madrid: Dálmau Carles Pla. 400 grabados.
- (17) Álvarez Pérez, A. (1961). Enciclopedia. 1º grado. Intuitiva, sintética, práctica (correspondiente al 1º y 2º cursos del periodo elemental). Valladolid: Miñón. 82ª ed., ilustraciones del autor.
- (18) Álvarez Pérez, A. (1963). El Parvulito. Valladolid: Miñón. 60ª ed. (1ª ed. de 1956), ilustraciones y caligrafía del autor.
- (19) Arias, M. A. (1956). Mis primeros pasos. Enciclopedia intuitiva. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez. 11ª ed. (1ª ed. de 1949).
- (20) CEDODEP (1965). Cuestionarios Nacionales para la enseñanza Primaria. Madrid: Centro de Documentación y Orientación Didáctica.
- (21) Xandri Pich, J. (1932). Los centros de interés. 1ª y 2ª parte. Madrid: Yagües editor.
- (22) Guillén de Rezzano, C. (1933). Los centros de interés en la escuela., Madrid: Publicaciones de la Revista de Pedagogía. 3ª ed.
- (23) Pulpillo, Guzmán, Sáenz Barrio, Rico Vercher y Sánchez Cerezo (1966). Unidades Didácticas. 1º curso y 2º curso. Madrid: Nutesa.
- (24) Moreno García, J. M. (1967). “Introducción al estudio del concepto de “Unidad Didáctica”” Vida Escolar, nº 93-94, p. 2-3 (Madrid: CEDODEP).
- (25) Boon, G. (1926). Aplicación del método Decroly a la enseñanza primaria y la instrucción obligatoria. Madrid: Francisco Beltrán (Traducción, prólogo y notas de Rodolfo Tomás y Samper), p. 48.
- (26) (1970-1971) Educación General Básica. Nueva Orientación Pedagógica, en Vida Escolar, nº 124-126, dic.- feb., CEDODEP, Madrid, p.17-18.